

LOS ESTUDIANTES

“Pero aquel día y aquella hora nadie los conoce, ni los ángeles del cielo, ni el hijo, sino sólo el Padre” (Mateo 24,36)

Desde luego, se creía que todas las medidas posibles de seguridad habían sido tomadas. Decenas de miles de operarios en todo el mundo cuidaban de que la red magnético-neuronal, sobre la que se deslizaba todo tipo de comunicaciones, no presentase el menor fallo en sus nodos. Incluso mostraron señales de legítimo orgullo cuando lograron detectar las alteraciones mentales en los seres humanos y programar entonces el sistema para que tales personas recibieran cuanto es imprescindible para vivir sin que la seguridad general se viera alterada.

La pequeña plaquita de cuarzo cerámico contenía, actualizados, todos los datos económicos de una persona y una suave alteración, minúscula, en el campo magnético circundante bastaba para introducir el nuevo estado de cuentas en el nodo local al que estuviera adscrito el portador. La concordancia preestablecida con la emisión neuronal se encargaba de validar las operaciones.

Los atracos, por ejemplo, desaparecieron. Cualquiera que careciese de una de aquellas plaquitas se vería impedido de conseguir comida, ropa o cualquier otro bien. Como para obtener la placa era imprescindible que los administradores locales obtuviesen la firma neuronal, toda alteración peligrosa era detectada inmediatamente. Y corregida, pues era imposible desligar la marca de agresividad y codicia del delincuente de la señal característica de violación que emitía el córtex de la víctima.

Los políticos habían dictado toda clase de leyes y decretos para regular la preservación de los derechos individuales. Los sistemas detectores automáticamente obviaban la mayor parte de las señales ligadas a funciones cerebrales emitidas en situaciones estrictamente personales: orgasmos, mentiras, pensamientos profundos, creaciones artísticas, todas aquellas marcas denotativas de la actividad humana eran desdeñadas por los receptores.

El costo ingente que hubiera supuesto intentar controlar todos los aspectos de la personalidad a nivel general fue, más que las etéreas consideraciones éticas y legales, lo que disuadió a la dirigencia planetaria de intentar acumular aquel sin fin de datos cuyo análisis, cuando por fin terminase, no serviría para nada.

Por otro lado, el número de marcas específicas que la red reconocía era relativamente escasa: aquellas relacionadas con la actividad económica, las que reflejaban alteraciones de índole psicopatológico y, por supuesto, esa marca única e inimitable que acompañaba a cualquier ser humano a partir de, aproximadamente, los diez años hasta el mismo instante de su muerte.

El avance de la red había sido relativamente rápido (o relativamente lento, claro), pero implacable. Puede que en Africa Central o en la Amazonia hubiera quien permaneciese aislado. Desde luego, en toda sociedad existen los misóginos y ermitaños y su elección, por respetada y escasa numéricamente, era incapaz de inducir un cambio real en la tendencia mundial.

Retrospectivamente, la creación de la info-medicina a finales del siglo XX supuso una revolución

semejante a la invención del fuego, la escritura o el descubrimiento de la inexistencia de Dios.

La condición humana fue analizada hasta el nivel atómico. Sus defectos genéticos o evolutivos corregidos hasta lograr una perfecta sincronía. Sin riesgo de sufrir enfermedades o dolor, ni con un Dios irracional en cuyo nombre cualquier nonato pudiera ser condenado a la miseria, los nacimientos comenzaron a producirse controladamente, en condiciones óptimas de crecimiento.

Poco a poco, como sobre un mantel salpicado de aceite, veíanse crecer manchas de población genéticamente uniforme. Un color de piel homogéneo, producto de la manipulación que, por ejemplo, eliminó la incapacidad de la raza amarilla para digerir la leche a partir de ciertas edades, o que destruyó la tendencia al melanoma epidérmico entre la raza blanca. El racismo que ni la religión, ni la política o la filosofía habían podido erradicar en miles de años de cultura, estaba en trance de desaparecer de la faz del planeta dejando, eso sí, su dantesca huella de destrucción en los museos, libros y bases de imágenes que todos eran obligados a contemplar desde la niñez para inculcar el rechazo más profundo a la consideración del otro como un enemigo agresor.

- *He de reconocer que has ganado la apuesta, Miguel.*

Levantando sus sistemas apendiculares del campo de antimateria que encerraba aquella compleja construcción, Lucifer no pudo resistir al impulso de reflejar el profundo hastío que sufría.

- *Un sistema de regulación continuo-caótico que genera una minúscula concentración de homogeneidad energética.-Miguel no pudo evitar que una expresión del tipo "Ya te lo dije" aflorase ligera y autosuficientemente al exterior-
Las tablas evolutivas son determinantes: se convertirá en una expresión de energía estable autocontenida.*

- *Se convertirá en una expresión de aburrimiento autocontenido y eterno.-Dijo Lucifer con indiferencia- Vamos a recoger las cosas, aún no sé por qué me he dejado liar en esta apuesta. Si nos pilla el Jefe vamos listos.*

El Jefe. Su voz atronadora inundó la habitación.

- *¡¡¡ Estoy harto de veros jugar con la antimateria como niños !!!.*

Su ira golpeó aquella bola cósmica y esparció por el habitáculo pequeños trozos irrecomponibles. Cabizbajos, en un susurro, ambos estudiantes salieron sin atreverse a expresar una excusa.

El mundo había terminado.

F I N

Autor: Antonio Diego Duarte Sánchez.

